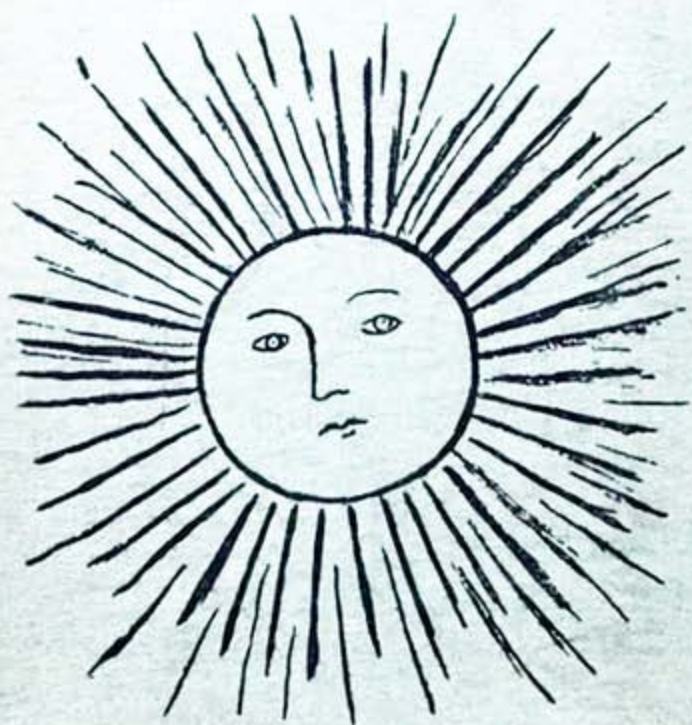


★ HACE CINCUENTA AÑOS

DISCO

REVISTA LITERARIA



BUENOS AIRES

Nº 3

QUE MURIO EN FRANCIA PAUL VERLAINE.

QUE MURIO EN FRANCIA PAUL VERLAINE.

★ HACE CINCUENTA AÑOS

DISCO

REVISTA LITERARIA
MENSUAL

Dirige: J. R. WILCOCK

BUENOS AIRES

E N E R O D E 1 9 4 6

DISCO

REVISTA LITERARIA MENSUAL

REDACCIÓN: MONTES DE OCA 715

Tel. 26 - 2081

BUENOS AIRES

SUSCRIPCIÓN ANUAL: \$ 10 M/ARG.

Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

CANTO DE AMOR

de J. ALFRED PRUFROCK

S'io credesse che mia risposta fosse
A persona che mai tornasse al mondo,
Questa fiamma staria senza più scosse.
Ma perciocchè giammai di questo fondo
Non tornò vivo alcun, s'i'odo il vero,
Senza tema d'infamia ti rispondo.

Vayámonos entonces, ^{y yo,} tú ~~a mi lado,~~
cuando todo el ocaso se esparce sobre el cielo
como un paciente anestesiado
tendido en un estrado;
vayamos pues, por ciertas
calles semidesiertas,
murmurantes asilos
de noches en hoteles baratos e intranquilos,
y fondas de aserrín y ostras abiertas;
por calles que se alargan como un tema aburrido,
de insidioso sentido,
para llegar a una pregunta abrumadora...
Oh, no me preguntéis: ¿Cuál es?, ahora;
vayamos a cumplir nuestra visita.

Las mujeres atraviesan el salón
y hablan de Miguel Angel, el pintor.

*La neblina amarilla que se frota los hombros sobre los ventanales,
la humareda amarilla que se frota el hocico sobre los ventanales,
ya lamió con su lengua los huecos de la tarde;
se detuvo en los charcos de algunos albañales,
recibió en sus espaldas hollín de los hogares,
resbaló a la terraza, dió un salto repentino,
y advirtiendo el encanto de octubre vespertino
se ha enroscado a la casa, y se ha dormido.*

*Y habrá tiempo, en verdad, para la niebla
amarilla que vaga por las calles
frotando sus espaldas contra los ventanales;
habrá tiempo, habrá tiempo
de preparar un rostro para afrontar los rostros que veremos;
y tiempo para el crimen, para la creación,
para todas las obras y días de las manos
que levantan y sueltan sobre nuestros pocillos su vana inquisición;
hay tiempo para mí, y hay tiempo para ti,
y hay tiempo para cien indecisiones,
y para cien visiones, y nuevas revisiones,
antes de las tostadas y del té.*

*Las mujeres atraviesan el salón
y hablan de Miguel Angel, el pintor.*

*En verdad, habrá tiempo
para pensar: ¿Me atrevo?; para decir: ¿Me atrevo?,
y bajar la escalera, y alejarme de nuevo*

*con mi calva incipiente escondida entre el pelo...
(Y dirán: Me he fijado que está perdiendo el pelo).
Con mi saco de sport, y mi cuello que asciende derecho hasta
mi barba,
mi corbata modesta y lujosa, asegurada con un simple alfiler...
(Y dirán: Me he fijado
que está mucho más delgado).
Y quisiera saber
si yo me atrevo a perturbar el mundo.
Porque hay tiempo en un instante para hacer y deshacer
cien proyectos revocados en el próximo segundo.*

*Porque ya las sé todas, ya me son conocidas
conozco las mañanas, las tardes, los ocasos;
con cucharas de postre yo he medido mi vida;
sé las voces que mueren en un acorde lento
debajo de la música de un lejano aposento.
¿Qué puedo entonces presumir?*

*Y también ya conozco los ojos, ya los sé...
Los ojos que os retienen en un lugar común;
y ya inmovilizado, fijo en un alfiler,
cuando estoy debatiéndome, pinchado en la pared,
¿cómo podría proceder
a eyacular los restos de mi vida y mi ser?
¿Y qué podría pretender?*

*Y conozco los brazos, todos, uno por uno...
Los brazos enjorados, y blancos, y desnudos
(pero a la luz cubiertos de un suave pelo rubio).
¿Es el perfume de un vestido*

que me ha de pronto distraído?
Brazos sobre una mesa, o envueltos en un chal.
¿Y cómo, entonces, simular?
¿Por dónde habría de empezar?

.....
¿Diré que algunas tardes me alejé por las calles
estrechas, y que he visto el humo de las pipas
de aquellos solitarios en mangas de camisa,
que a las ventanas se asomaban...?
Yo debí ser un par de garras desiguales,
arañando los pisos de silenciosos mares.

.....
¡Y la tarde, el crepúsculo, duerme tan dulcemente!
Por largos dedos acariciado,
cansado... adormecido... o caprichosamente
extendido en el suelo, a tu lado, a mi lado.
Después de los helados, de las masas y el té,
¿cómo obligar la crisis de este instante podré!
Y aunque yo haya llorado, rezado, y ayunado,
aunque vi mi cabeza (un poco calva) servida en una fuente,
yo no soy un profeta... y me es indiferente;
yo vi cómo el instante de mi gloria caía,
vi el eterno lacayo sosteniendo mi saco, vi que se sonreía,
y en verdad, me asusté.

¿Y valdría la pena, quizás, después de todo,
después del té, y las tazas, y después de los dulces,
entre las porcelanas, en medio de una charla a nuestro modo,
sería en realidad tan preferible
atacar el asunto mediante una sonrisa,
juntar en una bola, de pronto, el universo

*y arrojarla hacia alguna pregunta irresistible,
y decir: Yo soy Lázaro, vengo de entre los muertos,
vengo a contaros todo, os diré todo...
si alguna, acomodando su cojín
debajo de la nuca, con un gesto
me dijera: No es nada, nada de esto,
esto no es lo que quise dar a entender, en fin.*

*¿Y valdría la pena, quizás, después de todo,
nos serviría de consuelo
después de los crepúsculos, después de las entradas
y las calles mojadas
después de las novelas y las tazas de té, después de las polleras
que arrastran por el suelo...
y todo esto, y lo demás...?
Pero es tan inefable lo que quiero expresar;
como si proyectaran con la linterna mágica
los nervios dibujados sobre la blanca escena:
¿y valdría la pena,
si alguna, despojándose de su chal con un gesto,
o acomodando algún cojín,
me dijera de pronto, mirando la ventana:
No es nada, nada de esto
esto no es lo que quise dar a entender, en fin.*

.....
*No, yo no soy el príncipe Hamlet, ni puedo serlo;
soy un señor del séquito, alguien que sirve apenas
para extender la acción, y abrir ciertas escenas,
o aconsejar al príncipe; un fácil instrumento,
obsequioso, sin duda, y en su oficio contento,
cauto, prudente, y muy meticoloso;*

*lleno de altas palabras, pero un poco embotado;
a veces, casi, desairado...
y casi, a veces, el Gracioso.*

*Envejezco... envejezco sin remisión...
Me enrollaré los bajos del pantalón.*

*¿Detrás de la cabeza debo hacerme la raya?
¿Podré comer duraznos? Usaré pantalones
de franela amarilla, pasearé por la playa.
Yo escuché las sirenas, y sus mutuas canciones.*

No creo que quisieran cantarlas para mí.

*Yo las vi cabalgando las olas mar afuera,
y peinando a la espuma su blanca cabellera,
cuando impulsan los vientos el agua blanca y negra.*

*En las habitaciones del mar nos detuvimos
entre ninjas orladas con algas y racimos;
pero una voz humana nos llama, y nos hundimos.*

T. S. ELIOT.

(Traducción de J. R. W.).

EL POETA MUERTO

Ya murieron los versos en las hojas
de la casa vacía y desolada,
entre reflejos y cortinas rojas
y junto al frío de la estufa helada.

Su llanto ya se ha ido por el río;
sólo queda el dolor de lo pasado.
Allá está su niñez, trémula, al frío,
allá su adolescencia: lo añorado.

Por él lloraron dos últimos ojos,
y buscaron sus manos las estrellas.
Un perro blanco lo evocó de hinojos
y un viento de años se llevó sus huellas.

Ya no hay rimas perfectas ni asonantes
en su sombra de mármol y de abeto.
Sólo hay, como grabado en un instante,
sobre una piedra, el último soneto.

FERNANDO TOZZI.

LA GARZA BLANCA

A media milla de la casa, en el borde más alejado de los bosques y donde más alto era el terreno, crecía un pino altísimo, el último de su generación. Nadie sabía si había quedado como señal, o por alguna otra razón; ya habían muerto los leñadores que muchos años antes abatieran sus compañeros, y un bosque de árboles vigorosos —pinos y robles, y áceres— crecía en torno. Pero la majestuosa copa de este viejo pino los dominaba a todos, y servía de señal desde el mar y desde la costa, a muchas millas de distancia. Silvia lo conocía bien. Siempre había creído que si alguien se trepaba hasta su cima podía ver el océano; muchas veces había apoyado sus manos sobre el ancho tronco rugoso, y había mirado pensativamente las oscuras ramas que el viento agitaba sin cesar, aunque abajo el aire estuviera inmóvil.

Ella pensaba ahora en el árbol, con una nueva ansiedad; porque bastaba con treparse a él, cuando amanecía, para ver todo el universo, y descubrir el lugar donde vivía la garza blanca, y recordarlo, y encontrar el nido escondido.

¡Qué espíritu de aventuras, qué loca ambición! ¡Qué triunfo imaginado, y qué deleite y qué gloria cuando más tarde revelara el secreto! Era casi demasiado real y magnífico para que su corazón infantil pudiera soportarlo.

La puerta de la casita estuvo abierta toda la noche, y los pájaros nocturnos se acercaron y cantaron sobre el mismo um-

bral. El joven cazador y la abuela estaban profundamente dormidos, pero el gran proyecto de Silvia la mantenía despierta y vigilante. Se olvidó del sueño. La breve noche estival le pareció tan larga como la oscuridad del invierno; por fin, cuando cesaron los gritos de las lechuzas, y antes de que la mañana surgiera y la encontrara desprevenida, se deslizó fuera de la casa y se encaminó por la senda que atravesaba el bosque, apresurándose para llegar al terreno abierto que había del otro lado, y escuchando con una sensación de familiaridad el adormecido gorjeo de un pájaro semidespierto, cuya percha había rozado al pasar. ¡Qué triste, si esa gran ola de interés humano que por primera vez inundaba su diminuta y tranquila vida hubiera podido destruir los encantos de aquella existencia en el mismo corazón de la naturaleza y de la silenciosa vitalidad del bosque!

Allí estaba el árbol, adormecido en la pálida luz lunar; la diminuta y anhelante Silvia comenzó a trepar con rara intrepidez hasta su copa: su sangre efervescente y ansiosa corría por todas las venas de su cuerpo. Ella subía con los pies y con los dedos desnudos, que se aferraban y se sostenían como garras de pájaro a la monstruosa escala que ascendía, ascendía, casi hasta el mismo cielo. Primero tuvo que subirse al roble blanco que crecía al lado del pino; casi se perdió entre las oscuras ramas y las hojas verdes, pesadas y húmedas de rocío; un pájaro huyó de su nido, y una ardilla roja se asustó y comenzó a hacer muecas a la inofensiva intrusa. Silvia se abrió camino fácilmente. A menudo había trepado al roble; sabía que un poco más arriba una de sus ramas más altas llegaba hasta el tronco del pino, justo donde nacían sus primeros brotes. Allí, después del peligroso pasaje de un árbol al otro, recién comenzaría la aventura.

Por fin se deslizó por la inestable rama del roble, y acometió la difícil tarea de pasarse al viejo pino. Era más complicado que lo que a primera vista parecía; había que agarrarse lejos, y fuerte; las ramas secas y aguzadas se enganchaban y la retenían, arañándola, como irritados espolones; la resina en-

durecía y entumecía sus deditos: ella subía y subía, girando en torno del ancho tronco del árbol. Los gorriones y los petirrojos del bosque recién empezaban a despertarse, y a gorjear a la aurora, allá abajo; pero en lo alto del pino ya era mucho más claro, y la niña comprendía que tenía que apurarse, si no quería fracasar.

A medida que ella subía, el árbol parecía alargarse, y alcanzar alturas cada vez mayores. Parecía un enorme mástil de la tierra errante. ¡Cómo se habrá asombrado el pino esa mañana, al sentir esa valiente chispa de espíritu humano que trepaba y se deslizaba de una rama a otra, siempre más alto! ¡Quién sabe con qué cuidado se inmovilizaron las últimas ramas para facilitar el camino de la débil y liviana criatura! El viejo pino habrá sentido un gran afecto hacia su nuevo habitante. Más que todos los halcones, los murciélagos, los insectos, y aun los zorzales cantores, era el valiente y agitado corazón de la solitaria niña de los ojos grises. En esa mañana de junio el árbol se inmovilizaba, y rechazaba los vientos, mientras la aurora comenzaba a brillar en el Este.

Después de cruzar la última rama espinosa, mientras descansaba, fatigada y temblando, pero absolutamente triunfante en lo más alto del árbol, el rostro de Silvia parecía una pálida estrella —si alguien hubiera podido verlo desde el suelo. Sí, allí estaba el mar, con el sol naciente que extendía sobre él un resplandor dorado; los halcones volaban hacia el este, moviendo apenas las alas. ¡Qué bajos parecían desde esa altura!; ella los había visto siempre desde abajo, oscuros sobre el cielo azul. Sus plumas grises eran suaves como polillas; parecían estar muy cerca del árbol, y Silvia sintió que ella también podía lanzarse a volar entre las nubes. Hacia el oeste, los bosques y las granjas se extendían, por millas y por millas, hasta muy lejos; aquí y allá se veían torres de iglesias, y blancas poblaciones; en verdad, el mundo era inmenso y terrible.

Los pájaros cantaban cada vez más fuerte. Por fin apareció el sol, asombrosamente brillante. Silvia divisaba las velas blancas de los barcos sobre el mar; las nubes, en un principio

púrpuras y rosadas, y amarillas, comenzaron a desvanecerse. En ese mar de ramas verdes, ¿dónde estaría el nido de la garza blanca? ¿Esta maravillosa visión y este deslumbramiento serían su única recompensa, después de haber trepado hasta una altura tan vertiginosa? Mira hacia abajo, Silvia, hacia la verde ciénaga rodeada de abedules brillantes y de oscuros abetos; allí, donde viste una vez la garza blanca, podrás verla de nuevo; ¡mira, mira!: una mancha blanca, que parece una pluma solitaria sobre el aire, asciende desde el abeto caído, y crece, y sube; por fin se acerca, y pasa junto al enorme pino, con un lento movimiento de alas, con el esbelto cuello estirado, y con su cabeza encrestada. ¡Espera, espera! ¡No te muevas, pequeña; no envíes un rayo de luz y de atención con tus dos ojos ansiosos; porque la garza se ha posado sobre una rama del pino, no muy lejos de la tuya, y llama a su compañera que está en el nido, y arregla sus plumas para recibir al nuevo día!

Un minuto después, la niña deja oír un largo suspiro porque una bandada de tordos bulliciosos se acerca al árbol, y la garza se aleja solemnemente, molesta por su charla y por su falta de corrección. Pero ella ya conoce el secreto; el secreto del esbelto pájaro, salvaje y liviano, que flota y oscila y vuelve como una flecha hacia su hogar, en su verde universo, allá abajo. Entonces, satisfecha, Silvia comienza su peligroso descenso, sin atreverse a mirar mucho más abajo de la rama que la sostiene, y próxima al llanto a veces, porque sus dedos sufren, y sus pies lastimados se resbalan. Imaginando mil veces qué le dirá el forastero, y qué pensará cuando ella le explique dónde está el nido de la garza.

—¡Silvia, Silvia! —llamó una y otra vez la agitada abuela. Pero nadie contestó; la camita de paja estaba vacía, y Silvia había desaparecido.

El huésped despertó de su sueño; y al recordar los placeres del día, se vistió de prisa, para iniciarlos más pronto. Por algunas miradas de la niña, que había advertido el día anterior, estaba seguro de que ella había visto la garza blanca; ahora, había que convencerla para que confesase. Aquí llega, más

pálida que nunca; su vestidito gastado está sucio y roto, y salpicado de resina de pino.

El joven y la abuela la recibieron en la puerta, y la interrogaron: el momento magnífico había llegado: el momento en que debía hablar del abeto caído junto a la ciénaga verde.

Pero Silvia no habló, aunque la vieja abuela la cubría de reproches ansiosos, y los ojos amables y suplicantes del muchacho la miraban en sus mismos ojos. El podría enriquecerlos; ya lo ha prometido, ¡y ahora son tan pobres! El merece ser feliz, y espera la historia que sólo ella sabe.

¡No, ella callará! ¿Qué es eso que de pronto la domina y enmudece? ¿Acaso ha crecido durante nueve años, para que ahora, cuando el universo inmenso le tiende por fin una mano, ella lo rechace por un pájaro? El murmullo de las ramas de pino llena sus oídos; ella recuerda la garza blanca, cuando llegó volando a través del aire dorado; y cuando contemplaron juntos el mar y la aurora, Silvia no puede hablar; no puede decir el secreto de la garza, y vender su vida.

¡Dulce lealtad, que unas horas más tarde sintió una congoja aguda y repentina, al ver que el huésped se alejaba, decepcionado; dulce lealtad, que podría haberlo seguido y servido, y amado como sólo los perros aman! ¡Cuántas noches oyó Silvia el eco de su silbido, flotando por el sendero del bosque, mientras volvía tras la vaca caprichosa! Hasta olvidó el dolor que el seco estampido de su escopeta le causaba, y el lamentable espectáculo de los zorzales y los gorriones que caían silenciosamente al suelo, con sus canciones trucas, y sus bonitas plumas manchadas de sangre. Nadie sabrá si los pájaros fueron mejores amigos que el forastero. Pero, cualesquiera sean los tesoros perdidos, ¡vosotros, bosques y veranos, recordadla! ¡Traed vuestros presentes y vuestros favores, y seguid murmurando vuestros secretos a esta solitaria niña campesina!

SARAH ORNE JEWETT.

L'EAU

*L'eau qui habite l'arbre
ou la statue de marbre,
sa coiffure, sa main
concave entre les pins;
l'eau vraie, inimitable,
qui s'appuie sur le sable,
l'eau dans les lunapars,
sombre comme les nards
qui dans le soir fleurissent;
celle où mourut Narcisse
sans cesse agenouillé,
les cheveux tous mouillés
en buvant son visage;
l'eau lourde des naufrages;
l'eau que cherchent en courant
les soldats, en mourant;
l'eau qui boit leur sang rouge
lorsqu'en eux rien ne bouge.
L'eau peinte par Rousseau
avec de beaux pinceaux,
où les oiseaux se posent*

*dans leurs plumages roses.
L'eau qui contient les mains
des nageurs et les seins
de tous les coquillages
qui portent des paysages,
et les yeux des poissons
dans ses tendres cloisons.
L'eau qui s'en va, qui change,
docile comme une ange,
celle qui fait un bruit
d'étoile au fond du puits.
L'eau d'Asie ou d'Afrique,
de toute l'Amérique,
noire, déchirée, sale,
qui fait souvent du mal...
L'eau où l'on se suicide,
le visage livide,
les deux mains sur le coeur,
ou bien avec des fleurs
dans l'étroite rivière
toute suivie de lierre,
de même qu'Ophélie
comme dans un grand lit.
L'eau bleue, verte ou châtaigne
des lacs, l'eau de Compiègne
où chantent les oiseaux:
"Dieu donnez-moi votre eau
qui est toujours si douce,
entre la verte mousse,
et les arbres anciens.
Eau! bleue sur l'herbe, viens.*

Es ley de amor que se revela al mundo,
y si ese amor invade
alma gentil de sus misterios digna,
espárcese en la vida un penetrante
lánguido aroma de azahar oculto,
y acuden en tropel los ruiñeños,
cantando sus amores,
a anidar en el alma enamorada
y a celebrar sus inmortales bodas.

Y hoy anidan en mí; pero uno solo
rompió su cárcel por buscar tu seno,
y no encontró calor, y abatió el ala,
y encadenado gime
bajo el imperio de tu blanca mano
entre las redes de artificio sabio:
él te podrá contar en la alta noche
lo que nunca decir osó mi labio;
que él sabe mis ocultos pensamientos
y es docto, como el pájaro de Armida.

A L I D I A

Almas afines hay: bésalas Jove
y las manda a la tierra con el sello
de divina hermandad. Si no se encuentran,

*Ta beauté si ancienne
comme nous Musicienne
a vu beaucoup d'enfants
devenir tes amants".
L'eau qui tue dans la bouche
du noyé qui se couche
enfin loin de la mer
sur un morceau de terre,
la même qu'attira
Palinure en ses bras;
l'eau dans les plus beaux livres;
l'eau qui parfois délivre!*

*O! Thalés de Millet
vous l'avez préférée
l'eau, vous aussi en Grèce.
Comme un Dieu qui se dresse
elle apparaît soudain
plus pure que le raisin.*

*Et vous aussi lointaines
voix tristes des sirènes
suivant les voyageurs,
et moi seul dans le coeur
de ce mélancolique
pays de l'Amérique!*

ANSELME PONSERT.

TEMPORALIDAD DE LA POESIA

Todas las artes aspiran a productos permanentes; en realidad, a frutos intemporales. Las llamadas artes del tiempo, como la música y la poesía, no son excepción. El poeta pretende que su obra trascienda de los momentos psíquicos en que es producida. Pero no olvidemos que, precisamente, es el tiempo (el tiempo vital del poeta, con su propia vibración) lo que el poeta pretende intemporalizar; digámoslo con toda pompa: eternizar. El poema que no tenga muy marcado el acento temporal estará más cerca de la lógica que de la lírica.

Todos los medios de que se vale el poeta: cantidad, medida, acentuación, pausas, rimas —las imágenes mismas, por su enunciación en serie— son elementos temporales. La temporalidad necesaria para que una estrofa acuse la intención poética está al alcance de todo el mundo; se aprende en las más elementales Preceptivas. Pero una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas. En España, por ejemplo, la encontramos en don Jorge Manrique, en el Romancero, en Bécquer, rara vez en nuestros poetas del siglo de oro.

Veamos una estrofa de don Jorge Manrique:

*¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas*

*de los fuegos encendidos
de amadores?*

*¿Que se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?*

*¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?*

Si comparamos esta estrofa del gran lírico español con otra de nuestro barroco literario, en que se pretende expresar un pensamiento análogo: la fugacidad del tiempo y lo efímero de la vida humana —por ejemplo el soneto *A las flores*, que pone Calderón en boca de su Príncipe Constante—, veremos claramente la diferencia que media entre la lírica y la lógica rimada.

Recordemos el soneto de Calderón:

*Estas que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana,
durmiendo en brazos de la noche fría.*

*Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
tanto se aprende en término de un día.*

*A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron.
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.*

*Tales los hombres sus fortunas vieron:
en un día nacieron y expiraron,
que pasados los siglos horas fueron.*

Para alcanzar la finalidad intemporalizadora del arte, fuerza es reconocer que Calderón ha tomado un camino demasiado llano: el empleo de elementos de por sí intemporales. Conceptos e imágenes conceptuales —pensadas, no intuídas— están fuera del tiempo psíquico del poeta, del fluir de su propia conciencia. Al *panta rhei* de Heráclito sólo es excepción el pensamiento lógico. Conceptos e imágenes en función de conceptos sustantivos acompañados de adjetivos definidores, no cualificadores— tienen, por lo menos, esta pretensión: la de ser hoy lo que fueron ayer, y mañana lo que son hoy. El *albor de la mañana* vale para todos los amaneceres; la *noche fría*, en la intención del poeta, para todas las noches. Entre tales nociones definidas se establecen relaciones lógicas, no menos intemporales que ellas. Todo el encanto del soneto de Calderón —si alguno tiene— estriba en su corrección silogística. La poesía aquí no canta, razona, discurre en torno a unas cuantas definiciones. Es —como todo o casi todo nuestro barroco literario— escolástica rezagada.

En la estrofa de Manrique nos encontramos con un clima espiritual muy otro, aunque para el somero análisis, que suele llamarse crítica literaria, la diferencia pase inadvertida. El poeta no comienza por asentar nociones que se traducen en juicios analíticos, con los cuales construye razonamientos. El poeta no pretende saber nada; pregunta por damas, tocados, vestidos, olores, llamas, amantes... El *¿qué se hicieron?*, el devenir en interrogante individualiza ya estas nociones genéricas, las coloca en el tiempo, en un pasado vivo, donde el poeta pretende intuir las como objetos únicos; las rememora o evoca. No pueden ser ya cualesquiera damas, tocados, fragancias y vestidos, sino aquellos que, estampados en la placa del tiempo, conmueven —¡todavía!— el corazón del poeta. Y *aquel trovar, y el danzar aquel* —aquellos y no otros— *¿qué se hicieron?* insiste en preguntar el poeta, hasta llegar a la maravilla de la estrofa: *aquellas ropas chapadas*, vistas en los giros de una danza, las que traían los caballeros de Aragón —o quienes fueran—, y que surgen ahora en el

recuerdo como escapadas de un sueño, actualizando, materializando casi el pasado, en una trivial anécdota indumentaria. Terminada la estrofa, toda ella queda vibrando en nuestra memoria como una melodía única, que no podrá repetirse ni imitarse, porque para ello sería preciso haberla vivido. La emoción del tiempo es todo en la estrofa de don Jorge; nada, o casi nada, en el soneto de Calderón. La diferencia es más profunda que lo que a primera vista parece. Ella sola explica por qué en don Jorge la lírica tiene todavía un porvenir, y en Calderón —nuestro gran barroco— un pasado abolido, definitivamente muerto.

ANTONIO MACHADO.

A CAÍN

cuando mató a su hermano.

Más te debe la envidia carcomida,
Caín, que el mismo Dios que te dió vida,
pues le ofreciste a él de tus labores,
de tus mieses y plantas las peores;
y a ella le ofreciste con tu mano
la tierna vida de tu propio hermano.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

DEUX SONNETS

DE LOUÏZE LABÉ (1555)

(Traduction allemande de R. M. Rilke)

SONNET X

*Quand j'apercoy ton blond chef couronné
D'un laurier verd, faire un Lut si bien pleindre,
Que tu pourrois à te suivre contreindre
Arbres et rocs; quand je te vois orné,*

*Et de vertus dix mile environné,
Au chef d'honneur plus haut que nul atteindre;
Et des plus hauts les louanges éteindre;
Lors dit mon coeur en soy passionné:*

*Tant de vertus qui te font estre aymé,
Qui de chacun te font estre estimé,
Ne te pourroient aussi bien faire aymer?*

*Et ajoutant a ta vertu louable
Ce nom encor de m'estre pitoyable,
De mon amour doucement t' enflamer?*

ZWEI SONETTE

DER LOUIZE LABÉ

(Übertragen von Rainer Maria Rilke)

DAS ZEHNTE SONETT

*Seh ich dein Haupt, das blonde, schöngekrönt,
und deiner Laute Klagen, so beflissen,
dass Bäume ihr und Felsen, hingerissen,
nachdrängen möchten, wo sie tönt;*

*seh ich dich selbst inmitten deiner Kraft
auf alle Art den grössten Preis erreichen
und immer aufglühn und die andern bleichen,
so sagt sich meines Herzens Leidenschaft:*

*Kann so viel Eignung, Tugend und Talent,
die macht, dass jeder gleich für dich entbrennt,
dich selber nicht am Ende lieben machen?*

*Zu deinen tausend Titeln käme dies:
dass deine Liebe sich erbitten liess,
sich an der meinen zärtlich zu entfachen.*

SONNET XXII

*Luisant Soleil, que tu es bien heureux,
De voir toujours de ton Amie la face:
Et toi, sa soeur, qu'Endimion embrasse,
Tant te repais de miel amoureux.*

*Mars voit Venus: Mercure aventureus
De Ciel en Ciel, de lieu en lieu se glasse:
Et Jupiter remarque en mainte place
Ses premiers ans plus gays et chaleureus.*

*Voilà du Ciel la puissante harmonie,
Qui les esprits divins ensemble lie:
Mais s'ils avoient ce qu'ils ayment lointein,*

*Leur harmonie et ordre irrevocable
Se tourneroit en erreur variable,
Et comme moy travailleroient en vain.*

DAS ZWEIUNDZWANZIGSTE SONETT

*Was bist du glücklich, Sonnengott, du hast
die liebste Freundin stets in Sicht, und deine
leisere Schwester findet in die Haine,
wo sie Endymion unfasst.*

*Mars sieht die Venus oft. Der Gott Merkur
schwärmt in den Himmeln und an anderen Orten,
und Jupiter gewahrt noch da und dorten
die Jugend seiner hurtigen Natur.*

*Im Himmel hat ein grosser Einklang recht,
in dem die Göttlichen getrost sich rühren.
Doch wäre, was sie lieben, plötzlich weit,*

*sie widersprächen ihrer Herrlichkeit
und wüssten sich so gross nicht aufzuführen
und mühten sich wie ich: umsonst und schlecht.*

THE WELL OF THE MUSES

*We passed the floods of Tigris and Phison,
Of Thrace the rivers Hebron and Strymon,
The mount of Modan, and the flood Jordane,
The facund well and hill of Helicon,
The mount Erix, the well of Acheron,
Baith dedicate to Venus in certain;
We passed the hill and desert of Libane,
O'er mount Cinthús where God Apollo shone,
Straicht to the Muses' Caballine Fontain.*

*Beside that crystal Well, sweet and digest,
Them to repose, their horse refresh and rest,
Alichtit down thir Muses clear of hue.
The company all hailly, least and best.
Thrang to the Well to drink, whilk ran south-west,
Throughout ane mead where all-kind flowers grew.
Amang the lave full fast I did pursue
To drink; but sae the great press me opprest
That of the water I micht not taste a drew.*

*Our horses pastured in ane pleasant plain,
Low at the foot of ane fair green montain,
Amid ane mead shadowed with cedar trees;
Safe frae all heat there micht we weell remain.*

*All kind of herbès, flowers, fruit, and grain,
With every growand tree, there men micht chees;
The beryl streams, rinnand o'er stanerie grees,
Made sober noise; the shaw dinnit again
For birdès sang and sounding of the bees.*

*The Ladies fair on divers instruments
Went playand, singand, dansand o'er the bents;
Full angel-like and heavenly was their soun:
What creäture amid his heart imprents
The fresh beauty, the goodly represents,
The merry speech, fair havings, high renown,
Of them, wald set a wise man half in swoun;
Their womanliness writhed the elements,
Stonied the heaven and all the earth adoun.*

GAVIN DOUGLAS.
(1475-1522).

LA FUENTE DE LAS MUSAS

Pasamos los ríos de Tigris y Fisón,
los ríos de Tracia Hebrón y Estrimón,
el monte de Modano y el río Jordán,
la fecunda fuente y colina de Helicón,
la montaña Erix, el pozo de Aquerón,
ambos seguramente dedicados a Venus;
pasamos el monte y desierto del Líbano,
sobre el monte Cintus donde brilla Apolo,
derecho hasta la Fuente Hipocrena de las Musas.

Junto a esa fuente cristalina, sana y agradable,
a refrescarse, y a descansar sus caballos,
llegan las Musas de hermosa figura.
Toda la compañía, las últimas y las primeras,
se empujan para beber en la Fuente, mientras el sudoeste
sopla sobre una pradera donde todas las flores crecen.
Como los otros yo me apresuré
a beber; pero tantos me apretaron
que no puede probar una gota de esas aguas.

Nuestros caballos pacían en una amable llanura,
justo al pie de una hermosa montaña verde,
en medio de una pradera sombreada por los cedros;
allí descansábamos, libres de todo calor.

Toda clase de hierbas, frutas, frutos y granos,
y todo árbol viviente que el hombre pueda elegir;
los arroyos de berilos, corriendo sobre gradas de piedra,
hacían un sobrio rumor; y el bosque resonaba
con el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas.

Las hermosas Señoras en diversos instrumentos
tocaban, cantando, bailando sobre los céspedes;
su música era muy angélica y celestial;
aquel hombre que imprimiera en su corazón
la fresca belleza, la hermosa apariencia,
la alegre conversación, buenos modales, alto renombre,
de todas ellas, podría enloquecer a los más sabios;
esas mujeres cautivaban los elementos,
asombraban al cielo, y a toda la tierra debajo de él.

(Traducción literal.)

AL VESUBIO

que interpoladamente es jardín y volcán.

Salamandra frondosa y bien poblada
te vió la antigüedad, columna ardiente.
¡Oh Vesubio, gigante el más valiente
que el cielo amenazó con diestra osada!

Después de varias flores esmaltada
(jardín piramidal) fuiste luciente
mariposa en tus llamas inclemente
en quien toda Pomona fué abrasada.

La Fénix cultivada te renuevas
en eternos incendios repetidos,
y noche al sol, y al cielo estrellas llevas.

Oh monte, emulación de mis gemidos,
pues yo en el corazón, y tú en las cuevas,
callamos los volcanes florecidos.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

NOTAS

ESPACIOS MÉTRICOS: *Silvina Ocampo*. (Ediciones Sur.)

El amor es la invención más pura, más compleja y más intelectual de la imaginación humana; sus recintos y sus paseos circulares exceden en deslumbramiento al odio, a la envidia, y al deseo. En ese jardín habitan casi siempre los versos de Silvina Ocampo; porque se demoran viciosamente en la sublimidad, y precisan de un material sublime. De un lado de la literatura están las pasiones, vencidas por la observación; del otro lado está el amor, y su único instrumento de percepción, la comprensión mágica.

Con esa inhumana comprensión, los poemas de Espacios Métricos —filosóficos en el sentido más fino de la palabra— nos explican el mundo, y en él ubican sin desarmonías nuestro complejo e inagotable pensamiento. Versos quizás para poetas; versos que serán citados tantas veces como los versos de Lucrecio o de Valéry; versos a los que algún amante recurrirá para comprender una ausencia; líneas de donde surgirán otros poemas, otros cuadros, y otras pasiones.

Por una vez única en tantos años, la perfección expresiva se ha puesto de nuevo a la par de un pensamiento superior, de una riqueza intelectual que sólo habíamos comprobado en seres cuya proximidad a Dios imbuía de demasiadas fragilidades, de excesiva tenuidad.

Sólo dos estrellas han crecido en el firmamento castellano desde la época de Rubén Darío. Una fué la evidente luz de Antonio Machado; la otra, en un sentido más profundo pero menos accesible, es Silvina Ocampo. ¡Con cuánta diferencia, pero también con cuánta inminencia y majestad, alumbra el genio de estos dos poetas! Podrá olvidar en ellos el lector toda destreza literaria, y también toda falta de destreza; no hay en ellos ni formas ni cuidados que no sean quebrados por un ímpetu de creación poética semejante a esas plantas llenas de ardor, que con dulzura destruyen las piedras. Opuestos —como se opone el árido espíritu español a la exuberante, delicada y múltiple espiritualidad argentina—, sólo la altura los compara. Silvina Ocampo está más alto, pero al mismo tiempo más lejos de la gran poesía.

Las normas de la perfección varían, y sólo el pensamiento subsiste; podemos estar seguros de que no hubo un pensamiento más sutil y más profundo que el de Silvina Ocampo. Sus otras glorias están en un soneto —“La tarde desdeñada”, o “Rememoradas dichas y bellezas...”—; en la invocación al silencio, “Tácita”, que comienza con una extraordinaria licencia prosódica; en la “Promesa” de un suicida, y en la “Memoria Irremisible” de una amante; en el primer poema del libro, que surge como un temblor dorado entre los árboles; y en algunas páginas de la “Autobiografía de Irene”. Y su última gloria está en esa facultad, hasta ahora única, de convocar los rasgos más íntimos y verdaderos de nuestro país —la admirable República Argentina, hoy enferma y descuidada— y de nuestra cultura, para hacerlos surgir, indelebles e inmortales, en líneas de palabras.

J. R. WILCOCK.

S U M A R I O

T. S. Eliot: Canto de Amor de J. Alfred Prufrock — *Fernando Tozzi*: El Poeta Muerto — *Sarah Orne Jewet*: La Garza Blanca — *Anselme Ponsert*: L'Eau — *Antonio Machado*: Temporalidad de la Poesía — *Francisco de Quevedo*: A Caín — *Louize Labé*: Dos Sonetos — *Gavin Douglas*: La Fuente de las Musas — *Francisco de Quevedo*: Al Vesubio — Nota sobre: *Silvina Ocampo*: "Espacios Métricos".
